

## UNIVERSIDAD DE LA EXPERIENCIA. ALBACETE.

Curso primero.

Alumno: Alejandro Puerto Collado.

Profesora coordinadora: Juana Parra Pueblas.

Trabajo encargado para el Día del Libro 23-04-2013: Leer un relato de un viaje.

Viaje elegido: Una semana en París, realizado en Junio del 2008.

### París bien vale contarlo...aun sin venir a cuento.

La mañana de aquella primera jornada de la semana que estaríamos en París, los cuatro componentes que formábamos la pequeña expedición de ese viaje, un matrimonio amigo y más que nunca inseparable nuestro, mi esposa, y quien está contando, salimos del alojamiento llenos de ilusiones y expectativas dispuestos a cumplir con nuestro improvisado programa turístico. La intención de ese primer destino era la de disfrutar pateándonos, paso a paso hasta cansarnos, todos los preciosos rincones que teníamos en mente del barrio de Montmartre. Y cuando los pies, piernas y riñones comenzaran a flaquear, poder retomar energías con algo fresquito en alguno de sus típicos cafés, relajados, en una terraza sobre acera estrecha, sentados alrededor de una coqueta y pequeña mesa redonda con mármol blanco, de las que están arrimadas a sus adornadas y pintorescas fachadas, queriendo oler a bohemio de otra época. Para después seguir recorriendo de nuevo las retorcidas y cortas calles de este barrio. Deambular con pausas su encantadora plaza llena de pintores, y mezclarse con ellos, observándolos mientras pincelan un retrato al paciente turista; confundirnos con el espíritu de Dalí, de Picasso, Van Gogh, Monet, Renoir...¿y por qué no?...de Gene Kelly, aquel Americano en París, el que pintaba al mismo tiempo que cantaba, bailaba y declaraba su amor por estos lares a la guapa de Leslie Caron en la célebre película musical de principio de los años cincuenta...confundirnos con todos estos espíritus y con muchos más, que seguramente, algún día, sus pies pisaron el mismo suelo que los nuestros.

Con gran ilusión recorrimos el barrio de Montmartre, el cual, al tenerlo tan cerca del alojamiento, situado al pie de la popular colina, hay que decir también, despedíamos inevitablemente por las noches con una pequeña vuelta callejera a la llegada agotada de la ruta diaria, y como si fuera la guinda tentativa del postre de cada jornada antes de retirarnos a nuestro merecido descanso.

Y con la misma ilusión que recorríamos este barrio tan famoso, nos disponíamos todos los días a salir por las mañanas temprano en busca de aventuras turísticas, sin más sentido de la orientación que un plano de la ciudad incluido en una pequeña guía de bolsillo, y sin más organización prevista que nuestra cuenta y riesgo.

Ilusión por visitar la arquitectura de los grandes monumentos, las obras trascendentes de los importantes museos, las bonitas flores de sus cuidados jardines...el recorrido por los populares y anchos bulevares llenos de lujosos comercios, típicos cafés, famosos teatros, homogéneos edificios de clásicas fachadas con pequeñas ventanas que sobresalen en las buhardillas de los tejados inclinados. Ilusión por andar a lo largo del malecón del río Sena, mirar sus aguas tranquilas desde la orilla...y navegarlo después sobre un crucero, atravesando sus puentes, mientras un guía nos cuenta historias de monumentos y parajes por donde vamos pasando, amenizando en los paréntesis un acordeón que nos deleite con alguna que otra deliciosa y romántica melodía que inmortalizaran Edith Piaf...Mireille Mathieu...Charles Aznavour...Maurice Chevalier..."La vida en rosa"..."Amor prohibido"..."La Bohemia"....."Bajo el cielo de Paris"..... ¡Ya estábamos en el cielo!...

...Y en la tercera mañana fue, cuando al fin, nos decidimos a visitar el plato fuerte del viaje, el monumento que más estábamos esperando visitar por encima de todos los demás, posiblemente el monumento más carismático del mundo: la Torre Eiffel. El mismo monumento que me llamaba poderosamente la atención de chiquillo al verlo en aquel cuadro colgado en una pared de la casa de mis padres.

Cuando estuvimos al pie de la torre, esperando en la cola para subir a las plataformas, creía que mi cabeza se quedaría siempre fija mirando para arriba, era asombroso. Aquella gigantesca construcción de hierro ya no me parecía un juego de mecano inventada por un niño como yo cuando la veía siempre en aquel cuadro sin considerar las proporciones. Estaba debajo de una gran obra de ingeniería, puede que discutida por doctores en la materia en algún tiempo, pero realmente impresionante ante cualquier mirada. Me pregunté por un momento, que si al bueno de Don Quijote, los molinos de la Mancha le parecían gigantes, qué le hubiera parecido esta enorme mole metálica, con sus grandes cuatro patas y su descomunal altura de cuerpo, estrechándose mucho más desde su mitad hasta lo más elevado, y si su fiel escudero Sancho, también le hubiera quitado la idea de arremeter con su lanza contra ella. Aquí, ahora, ellos creerían que estaban locos o soñando. Igual que me parecía estar yo en ese momento.

Una vez en la segunda plataforma, a unos ciento quince metros de altura, según nos dijeron, y después de subir a pie no sé cuántos escalones, nos dejamos sentar a descansar un poco en la cafetería y tomar alguna merecida cerveza fresca. Aquella fue

la cerveza “a palo seco” más cara que me había tomado en mi vida y que posiblemente vuelva a tomar. Pero le dije a mi amigo que la saboreara como ninguna otra y no se quejara más. Pues como nos quería decir el camarero de forma apacible, ante una insinuada y tímida protesta a la hora de pagar, en el precio de la cerveza iba incluido el estar allí, en ese privilegiado lugar. Saborear aquella cerveza, saboreando al mismo tiempo la postal viva más preciosa que cualquier persona siempre haya querido imaginar.

La postal que yo sentía imaginar y vivir al mismo tiempo en aquellos momentos mágicos. Todo París estaba a mis pies. Su gran cultura, su gran arte, su gran historia...toda su grandeza. Las delineadas curvas del río Sena en su curso por la ciudad atravesado por sus puentes, el elegante Puente de Alejandro III, divisando el lento movimiento de las embarcaciones cargadas de turistas. El contorno de las dos islas dibujadas en medio del río: la Isla de San Luis y la Isla de la Ciudad; sin esta isla, París no hubiera sido París; nos cuentan que en los principios la isla fue el nacimiento y la madre a la vez de la ciudad, y que después fue amamantando a todo el resto de ella, al mismo resto que ahora estábamos viendo.

Desde aquí arriba diviso en esta isla de la Ciudad, otro gran icono de París, la Catedral de Nuestra Señora. Uno de los pilares básicos de la peregrinación cristiana en el mundo. Se distingue perfectamente los arcos góticos de su impresionante fachada. Por el campanario de sus torres me imagino aquel jorobado, Quasimodo, trepando, en pos de su amada Griselda, intentando salvar a su gitana de las garras de los malvados, y que al ver que no lo conseguía y que era asesinada, decidió suicidarse arrojándose desde lo más alto de la catedral, para caer junto al cadáver de su amor, el único amor que había recibido este bondadoso y desgarrado personaje de la ficción del gran Víctor Hugo.

Giro la vista a la izquierda unos noventa grados, y al otro lado del río, ¡ allí lo tenemos !, otro gigante...otro monumento majestuoso, el Arco del Triunfo. Si la torre Eiffel es el alma, y Notre Dame es la madre, el Arco del Triunfo es el corazón de París. De su plaza circular salen radiadas las avenidas que hacen de arterias distribuidas con perfección geométrica para toda la ciudad. Junto a la llama que nunca se apaga, los espíritus de Napoleón y del Soldado Desconocido se están fundiendo sin protocolos militares al pie de la historia, en el interior de sus cuatro fachadas de gran belleza arquitectónica, abiertas por sus sendos y enormes arcos que sirven de acceso a su libre y monumental espacio.

Más al fondo y volviendo otra vez la vista hacia la derecha, en lo alto de la colina de Montmartre, la Basílica del Sagrado Corazón. Otro de los templos de culto más admirados. El impresionante erguido de sus fachadas con su gran cúpula central

destaca a pesar de la distancia que nos encontramos, sobre todo por el resplandor de su blancura. Presiento las miradas recíprocas entre todos los que aquí estamos y la cantidad de turistas que descansan relajados y sentados en la gran escalinata que sube a su colina, observándonos como una postal más; quizás dejando pasar el tiempo por esas zonas para desde allí hacerse la foto al anochecer, con esta torre iluminada y su acompañamiento también iluminado...¡qué maravilla!...

La vista gira y gira...y se detiene en el museo de todos los museos. El más visitado del mundo: El Louvre. Toda una mañana para visitarlo...y solo de pasada. Miraba como un obseso a través del cristal de la gran pirámide que hay en los exteriores; el misterio del Código Da Vinci estaba debajo. Pero la tumba de María Magdalena solo estaba en la imaginación del profesor Robert Langdon y en la del creador de la novela, por más que yo mirase. Lo que sí me pareció ver en la eterna mirada de la Mona Lisa fue como un ojo me hizo un guiño: “creía que ya no vendrías forastero” es lo que debió de pensar al verme, mientras seguía sin mover sus enigmáticos labios pegados, creyendo que se me insinuaba dedicándome su media sonrisa. Seguro que la bella Venus de Milo me hubiera recibido con los brazos abiertos, tan solo por la admiración que le tengo...en el caso de que hubiera podido tener lo que necesitaba para abrazarme; me dio un poco de pena...tan guapa, tan desnudita de más de medio cuerpo hacia arriba...y tan manca. Le despedí con un adiós con mi brazo, que me costó mover para no acomplejarla; ella me devolvió el saludo asintiendo lentamente con la cabeza y con una mueca sonriente satisfecha: “no te preocupes por mis brazos, si me los hubieran encontrado y colocado no vendría tanta gente a verme”, leí en su pensamiento.

...Y miraba...y seguía mirando sin parar desde estas alturas casi celestiales de la torre Eiffel. Notaba las huellas por donde ya habíamos pasado, incluso por las que aún tendríamos que pasar. Por todo lo importante que nos diera tiempo a visitar: Algún museo más, algún monumento más. Los extensos jardines de Luxemburgo con su palacio. Jardines de las Tullerías, el aperitivo visual perfecto que da acceso al museo del Louvre. Se aprecia los Jardines que rodean Los Inválidos, este conjunto impresionante de edificios históricos: catedral, hotel, museo, la maravillosa y brillante cúpula dorada que reluce desde cualquier punto...imagino las tres vueltas de rigor alrededor de la tumba de Napoleón, por si acaso da la suerte que la leyenda cuenta...Y más jardines...y más palacios. El clasicismo arquitectónico de la fachada principal del Palacio de la Ópera...solo pudimos verlo por fuera...y ya tuve bastante, me quedé bien a gusto...¡asombroso!...También solo por fuera vimos el cabaret más popular de todos los populares: el Molino Rojo...pero aquí nada de asombro, una de esas visitas obligadas, donde acabas diciendo que es más el ruido que las nueces; una fachada pequeña y

nada de particular, eso sí, muy fotogénica y muy pintada, donde sobresale en su azotea una voluminosa imitación de un molino de viento con sus aspas móviles incluido, del color que le da nombre a la famosa sala de espectáculos, me figuré que la fama debía de venir del interior...del interior de las ligeras ropas que las alegres chicas del cancan evocarían durante sus actuaciones el ambiente bohemio de la Belle Époque. También nos enteramos de que por allí habían desfilado todo tipo de artistas importantes de la música ligera...como se ve...todo ligero...como debe ser.

Veía nuestros pasos por plazas y calles con renombre: aquí muy cerquita, solo cruzando el puente del río, está la Explanada de Trocadero, otro punto neurálgico de la ciudad. Algo más alejado y en la misma orilla, la Plaza de la Concordia, rodeada de bellos edificios, sus dos preciosas fuentes de bronce, separadas por el espigado y egipcio Obelisco de Luxor, dominando y presidiendo todo su entorno...y vi. en su lugar...sin estar muy convencido de querer ver, la invisible y terrible guillotina que cortó la cabeza de María Antonieta. La otra plaza cargada de simbolismo, la Plaza de la Bastilla con su verdosa y monumental Columna de Julio en todo el centro; aquí dicen que fue el principio del fin de muchas cosas. La gran Avenida de los Campos Elíseos, la arteria aorta de París; todas las exquisiteces, aromas y fragancias juntas en este emblemático Bulevar...y más plazas y más rúes...Me preguntaba, una vez más, que si el hombre había sido capaz de crear tanta belleza con el paso de los tiempos, si también sería capaz de proponerse crear otras bellezas que nos fuera aun más necesarias todavía, aunque también fuera con el paso de los tiempos. Como siempre, una vez más, tampoco encontré la respuesta.

Y así, respirando un suave viento parisino desde esa fantástica panorámica, nos iríamos despidiendo de la Torre Eiffel. Miré por última vez a mi alrededor desde donde estábamos hasta donde me alcanzaba la vista. Y aparte de las inevitables fotografías que nos habíamos hecho allí, me vino un flash mental instantáneo que me serviría de recuerdo y nostalgia en mi imaginación para siempre; junté aquel negativo con el positivo de mi fantasía. Tomé el último respiro profundamente y cerré los ojos para guardar aquellas imborrables imágenes; y entonces, otra vez, volví a recordar aquel cuadro que vi de chiquillo en casa de mis padres. Me pareció que se escapaba lo más parecido a un suspiro. A la torre, le di las gracias por todo lo habido visto, y por todo lo visto por haber. Y le pedí perdón por no hacer demasiado esfuerzo por no llegar antes, en no despertarme antes de ese sueño dormido que tenía pendiente desde hacía tanto tiempo. Pensé entonces, si debiera desear pedir también perdón por algún que otro sueño dormido desde mucho tiempo, sin esforzarme en despertarlo, y quizás, también, por no intentar llegar antes. Y tomé nota de mi pensamiento y de mi deseo.

Fueron pasando los días recorriendo y visitando lo que nos faltaba de ver de cerca. En su sitio. Lo que habíamos visto desde aquellas inolvidables alturas. Y casi sin darnos cuenta de lo rápido que pasó todo, nos encontramos en el avión de regreso. La voz de megafonía de una azafata exclamó con cierta euforia contenida: ¡gol de Fernando Torres!...En efecto. Aquel mismo día, 29 de Junio del 2008, y la misma hora que volábamos de regreso, la selección española de fútbol estaba jugando la final de la copa de Europa contra la temible selección Alemana...¡y yo, futbolero “empedernido”, perdiéndome toda la retransmisión! Pero es la única vez que no lamenté una “pérdida tan importante” para mí. La causa justificaba la pena. Hicimos todos los pasajeros la ola con los brazos de la alegría recibida, pero sin levantarnos de nuestros seguros asientos, claro estaba. A la llegada, en cuanto salimos al exterior del aeropuerto, incluso unos instantes antes, nos dimos cuenta de que España ya había ganado la segunda copa de Europa de su historia. Tuvimos un sonoro recibimiento en el aparcamiento del aeropuerto. Todos los claxon de los autobuses, taxis, coches particulares, estaban clamorosamente celebrando el triunfo. El no lamentarme de no poder ver el partido por televisión, debió traerle suerte a la selección española, pues fue a ganar después de más de cuarenta años sin hacerlo en este trofeo, por más que yo no me perdiera ninguna retransmisión; precisamente hacía los mismos años aproximadamente que vi de chiquillo por primera vez el cuadro de la torre Eiffel, el principio de ese sueño dormido y ahora despertado. Mi gafe y mi fetiche para nuestro equipo, terminó y comenzó al mismo tiempo con aquel viaje a París, o al menos eso creía yo.

Al llegar a nuestro destino de partida y despedirnos de nuestros amigos se me ocurrió decirles, con algo de gracejo y un simple guiño, la misma frase que en aquella imprescindible y romántica película en blanco y negro: “Siempre nos quedará París”. En una intensa semana, nuestra buena amistad se multiplicó por mucho más tiempo...y por mucha más amistad.

Los primeros días que pasaron a nuestra llegada, no paraba de contar a todo el mundo que veía cosas de París. Y muchas veces lo hacía hasta sin venir a cuento. Quizás, por eso, ahora que he querido titular este relato, me ha venido a la cabeza esto del contado, y esas frases tan usadas, que no sé muy bien de dónde salió la primera, y que tiene tantos añadidos: “París bien vale...esto, o París bien vale...lo otro”, y yo, me he sumado a estos añadidos con uno más de mi cosecha, para que me sirva, y viniendo a cuento, poner el título a este relato, el cual, dicho sea, me ha resultado una delicia el escribirlo: “París bien vale contarlo...aún sin venir a cuento”...pues por algo es para mí, la ciudad de la torre de los sueños despertados...y para todo el mundo, la ciudad del amor, de la luz, de la moda...y de no sé cuantas cosas más.

Albacete, 19 de marzo de 2013.